

abrigan ó se manifiestan disfrazadas con el nombre de amor patrio y de progreso; al charlatanismo de los iracundos predicadores de fraternidad; á la hojarasca de la tribuna y de la prensa en las que todo se pone en discusion, creyéndose cada cual dotado del don de la palabra y hombre hábil; á la mentira proclamada impunemente é impuesta tiránicamente para sostener y defender opiniones extremas que solo pueden tener aceptacion entre personas de limitada inteligencia ó de corazones pervertidos por lo que el hombre se desalienta y pregunta: « ¿Es verdaderamente imposible el resolver científica y prácticamente el problema político y social? ¿Está el hombre reducido á vivir en ese continuo esperar que equivale á la desesperacion? »

Las revoluciones, sea en donde quiera que tengan lugar, en nada atenúan la opresion del poder, como se ha visto claro; no hacen más que cambiar su carácter, quitándole su dignidad y la estabilidad; no eximen de la obediencia, sino que le quitan el mérito y el decoro. Sin embargo, de la de 1848 quedará grandísimo fruto, puesto que ha sido causa de la emancipacion de las razas esclavas en Alemania, aboliendo todo vasallaje de los aldeanos, toda diferencia entre los bienes comunes y los señoriales; toda servidumbre de pastos y de leña; por haber hecho libre la propiedad vinculada; por haber suprimido, sin indemnizacion alguna, todos los derechos procedentes de sujecion personal ó de patronato, y por haber igualado todas las confesiones. Un gobierno puramente burocrático despertado del letargo en que yacia, y excitado al cumplimiento del deber, hizo é intentó hacer mucho más en pocos meses que no habia hecho durante algunos siglos; y si hubiese sabido resistir y rechazar todas las tentaciones de venganza y de reaccion, habria tenido delante de sí un campo extenso en donde sería bendecido por una multitud de razas que se creían envilecidas ó muertas, y suspiraban con vehemente anhelo por una segunda vida.

III

FRANCIA. — NAPOLEON III.

La Francia parecia hallarse enteramente libre y desembarazada de cuestiones de nacionalidad, y aun cuando no hubiese ganado otra cosa en su gran revolucion que el haber salido de ella formada en una gran nacion mucho más compacta que cualquiera otra de Europa, tendria además la ventaja de verse limpia de las grandes iniquidades que llevan consigo las conquistas, las cuales impiden el desarrollo de las otras naciones, y trastornan la justicia. Hecha esta

nacion el gran laboratorio de experimentos mayores, la importancia suya no consiste en el cambio de ministros, ni en el de dinastía tampoco; ni en el de la forma de gobierno. Su grandeza no estriba tampoco en mejorar ó extender más ó menos sus fronteras hácia los Alpes ó el Rhin; ni en la alianza con la Rusia ó la Inglaterra; sino en esa exaltacion de sentimientos generosos que á menudo se producen en ella; en ese prurito de agrandar; en esa petulante vanidad que la expone en todas partes á ser el blanco de las iras, ó el objeto de las simpatías, ó el de la imitacion. Nacion gobernada por el capricho, más bien que por el cálculo, puesto que si la iniciativa fué siempre propia de los hombres de corazon, esta se ha visto sacrificada muchas veces en favor de la causa de la libertad.

La Francia envía combatientes á cualquier parte del globo en donde aparece una vislumbre de regeneracion: prodigando el oro y la sangre, restituye á la Europa la seguridad del Mediterráneo, y funda una nueva Francia en aquellas orillas del África que el desierto separa del Atlántico; país lleno de recuerdos de San Cipriano, de San Luis y del rey Don Sebastian. Su literatura es la literatura de la Europa toda, y un medio de comunicacion general su lengua: los sistemas y las tentativas ó ensayos morales, políticos, jurídicos, generalmente incompletos y publicados con precipitacion, se estudian en esta nacion más voluntariamente, con el deseo de verlos formulados con mayor claridad, más razonablemente deducidos, é inmediatamente practicados: sus tribunas parecen ser las de todo país que no las tiene, y cada vez se justifica más la exactitud del dicho de Jefferson: « Todos los hombres tienen dos patrias, la suya propia y la Francia ».

Dominada, sin embargo, por una irresistible necesidad de movimiento, esta volubilidad le quita su firmeza y la hace lanzarse á experiencias continuas; así es que apénas salvada de un naufragio, el piloto mismo invoca otra tempestad. Castigada por los Aliados, por sus glorias del Imperio, aceptó como una humillacion la Carta de 1815, y en vez de desarrollarla, la arrugó; pareciéndole despues que los Borbones desgarraban esa Carta, los expulsó, derribó todo cuanto habia sido construido en el espacio de quince años, y con nueva sangre, y nuevas ruinas, hizo una edicion corregida y enmendada de aquella misma carta. En vano Luis Felipe les procuró paz é incremento durante su reinado. Cuando este príncipe pensó que el trono de España no debia salir de la Casa de Borbon, y por haber negociado el casamiento de la reina con el duque de Cádiz, Infante de España, y el de la Infanta con su hijo el duque de Montpensier, la

Inglaterra trabajó para derribarle, y no tardó en ser expulsado como la había sido Carlos X, proclamándose en Francia la República.

Desde luego, y según su propio programa, esta se presentaba como la iniciadora y promotora de las revoluciones; y en efecto, desde el principio empezó á atizar el fuego de la efervescencia que reinaba en toda Europa, pero, por bajo de mano y ocultamente, á manera de una sociedad secreta, dispuesta á desdecirse y á disculpase en cuanto fuese descubierta, faltando de este modo á la verdad, como á la dignidad. Así sucedió que con tal manera de obrar, llegó á no tener ningún peso en la balanza política, y perdió toda simpatía entre los pueblos; y más particularmente entre los leales partidarios de la República, que esperando de ella un noble ejemplo, no recibieron sino muy desconsoladora decepción. En el interior se vió expuesta, no tan solo á los desmanes del pueblo, sino á las aberraciones de los parlamentarios, á la obcecación de los partidos que se mostraban irreconciliables, aun al frente del peligro común, descuidando el ocuparse de hechos positivos, por engolfarse y entretenerse en huecas y pomposas declaraciones de principios; en un socialismo especulativo, y en teóricas utopías.

La democracia pretendía que todos, fuesen ó no capaces, debían tomar parte en los negocios: la filantropía quería que todos, trabajasen ó no, tuviesen una parte igual en los goces; y Luis Blanc, haciéndose el misionero de estas teorías, proclamaba que el Gobierno tenía obligación de dar ocupación á todo ciudadano que la solicitase, debiendo cada uno tener un salario, no conforme y en proporción de su capacidad, sino de sus necesidades, siendo los derechos proporcionales á estas necesidades, y los deberes á las facultades individuales. En conformidad de estas ideas, los obreros de París dejaron de afanarse, y pretendieron ser mantenidos gratuitamente á expensas del Gobierno: se abrieron talleres nacionales en los que todo hombre sin ocupación recibiese del Estado, no una ocupación ó trabajo, sino un salario. Cien mil personas venidas á París de todos los puntos de Francia se encontraron á cargo de la nación reunidas en los talleres, en los que pasaban el tiempo, no en trabajar, sino en discutir, charlar y perorar con el fusil al hombro y desgraciado el obrero honrado que pedía su jornal en retribución de un verdadero trabajo! todos querían vivir á costa de los dineros públicos, ser ahora reyes, y vivir como reyes de acaso ó de revolución, alborotándose estas turbas á cada momento, y promoviendo motines por muy poco que fuesen excitadas, bien por medio del dinero, ó por declamaciones furibundas, ó por el ejemplo. Abrumada la nación con esta carga,

y empeñada, después de haber consumido todos los fondos que se hallaban en las cajas, y no bastando para sostener estos gastos enormes los ingresos ordinarios del tesoro, el Gobierno tuvo que imponer una contribución extraordinaria de cuarenta y cinco por ciento sobre la propiedad; esto es, castigar á los propietarios con mucho mayor rigor que lo hubiera hecho un conquistador, y esto para poder mantener á todos aquellos holgazanes. Muchos de estos fueron organizados en guardia del Gobierno provisional, especie de predicadores armados, y en casos necesarios y urgentes, satélites.

Esta triste situación en que se hallaba París se extendía también á los departamentos, de modo que cada francés se veía obligado á tener que vivir armado para defender su casa y sus haciendas contra los ladrones doctrinarios, los cuales, rabiosos y amotinados porque, después de haber expulsado á los tiranos, se vieron privados del saqueo y la anarquía, empuñaron las armas pidiendo la República democrática, y la organización del trabajo; habiendo sido preciso emplear la fuerza armada para aquietarlos. En seguida, ocurrieron nuevos tumultos en todas partes con motivo de las elecciones de diputados para la Asamblea constituyente, queriendo obligar á los electores á que enviasen á ella hombres que decretaran la omnipotencia de los que nada tienen y nada hacen, esto es, de los pordioseros y de los holgazanes. Vuelven después á amotinarse de nuevo cubriendo á París de barricadas é inundándolo de sangre, habiendo perecido en tres días seis generales, esto es, un número mayor del que generalmente peca en una batalla campal; y hasta el mismo Arzobispo fué asesinado en las barricadas adonde había venido para calmar á aquellos hermanos. El ejército se mantuvo esta vez firme contra la tiranía rapaz, y pudo hacer ver que no eran invencibles los héroes de las barricadas. Diez mil sublevados fueron condenados á la deportación; se cerraron los talleres nacionales, y se le confirieron al general Cavaignac poderes excepcionales é ilimitados, creyendo ser necesaria la dictadura para volver á hacer entrar en las condiciones civiles ordinarias á un pueblo en cuyas cabezas pesaba la amplísima libertad constitucional.

Esto no obstante, la agitación no se calmaba, puesto que se dejaba todo á merced de la voz de la muchedumbre popular, ó sea del sufragio universal, es decir, á merced de la intriga, del dinero, ó sea de la corrupción ó del acaso; así se vieron los efectos de esta situación en la elección de Presidente. Se creyó que triunfaría la candidatura del general Cavaignac, siquiera por el mérito que había contraído salvando la República del asesinato y del saqueo. Pero ade-

mas de haber visto que en estas revoluciones es fatal para cualquiera el ejercer un poco de autoridad, y que solo logra el ser odiado; la Francia dió pruebas, en aquella ocasión, del destemplado deseo y de la inmoderada necesidad que tenía de personas nuevas y cosas desconocidas; á lo cual se presta admirablemente el voto universal. Esta nación, que había borrado toda distinción de nacimiento, que había abolido todo recuerdo regio, que repudiaba la conquista, acumuló sus votos sobre un individuo á quien no conocía más que por su título de príncipe, por su nombre de Bonaparte, y por las tres tentativas de insurrección armada que había hecho; y de los 7,327,345 votantes 6,048,872 se pronunciaron en favor de Luis Napoleón Bonaparte, como « símbolo de orden y de seguridad ». Habiendo sido este príncipe durante mucho tiempo, la personificación de la política europea, es oportuno el que le conozcamos.

Hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda, hermano de Napoleón el Grande, á la caída de este, quedó hecho un simple particular. Habiendo obtenido la hospitalidad en Italia lo mismo que los otros miembros de su familia, agradeció y recompensó este favor conspirando y ligándose con las sociedades secretas que pululaban allí; acarició también á la *Joven Italia*, aun cuando fuese extraño á la idea republicana de aquella. Poseído de la misma é irresistible ambición de su familia, se creía despojado y usurpado del trono de Francia, y proyectaba castigar á los Aliados por los ultrajes que hicieron sufrir estos al primer Imperio, desgarrando los tratados de 1815. Inclinado á las ideas místicas, se creía destinado por la Providencia para desempeñar una misión providencial confiada á algunas grandes familias, y tenía fe en su *estrella* y en el nombre que llevaba.

La continua agitación de los partidos durante la restauración borbónica, y posteriormente en el reinado de Luis Felipe, así como las violentas y acaloradas discusiones de los periódicos y del Parlamento, redoblaron sus esperanzas, y por eso trató de sorprender á los franceses con su temeridad, invadiendo á Estrasburgo. El pueblo, sin embargo, se mostró indiferente á su atrevida aparición teatral, y á sus retumbantes proclamas: él fué preso y enviado á América bajo la promesa hecha de no volver más á Francia. Esto no obstante, volvió y desembarcó en Boloña, y habiendo sido nuevamente capturado, fué encerrado en el castillo de Ham. Supo hacerse más llevaderos el fastidio y la soledad de su encierro, dedicándose á estudios serios, y al mismo tiempo soñando con ideas fantásticas; de modo que, más tarde confesaba que cuanto sabía y cuanto valía lo había aprendido en la Universidad de Ham. Habiendo conseguido el fugarse de la

prisión valiéndose de medios romanescos, esto le hizo confiar más en su *estrella*. Á la caída de Luis Felipe obtuvo el que la Asamblea alzase la proscripción que pesaba sobre la familia napoleónica; consiguió el ser nombrado diputado, y en seguida presidente. Desplegó un gran lujo, é hizo gastos extraordinarios; declaró ser la autoridad del pueblo superior á la de la Asamblea, y confirió el derecho de voto á todo francés que hubiese cumplido veinte y un años de edad, para reconstruir la patria: acariciaba al *partido del orden* que, en realidad, no era más que un puñado de intrigantes, los cuales, movidos por su ambición y por sus intereses personales, repetían sin cesar que era preciso concluir con las facciones, y salvar la nación de la anarquía.

Desencadenadas todas las peores pasiones, no parecía sino que habían venido á refugiarse á la República, contra la cual conspiraban aquellos mismos que más calorosamente la aclamaban; de modo que la desconfianza y el terror eran universales.

En la Asamblea misma protegía la parte socialista de ella que quería que fuese común para todos, no solo el voto político, la justicia, la instrucción, sino también el derecho al trabajo; que se suprimiesen las contribuciones indirectas, imponiendo todas las cargas á las propiedades estables, esto es, á los bienes raíces, y que se señalasen tasas á la riqueza; en cuyas teorías y en otras semejantes, los hombres prácticos ven la muerte de la industria, y el galardón de la pereza y de la holgazanería, en perjuicio de la laboriosidad y de la previsión; así como el empobrecimiento del capital social, toda vez que no se viesen impulsadas á fomentarlas las esperanzas privadas; serían la perpetuidad de la anarquía y la abolición completa de la libertad, cuando ese tirano irrefrenable que se llama el Estado sea el que haga todo, el que piense en todo, el que todo lo provea, el que disponga de todos los medios, embruteciendo al hombre, haciéndole irresponsable de sus propias acciones, y creyéndole inepto hasta el extremo de no saber escoger, ni distinguir lo bueno de lo malo; incapaz, para cumplir con sus deberes, é inepto, en fin, de tal modo, que le sea necesaria una autoridad que le mueva como si fuera un autó-mata.

Estos temas muy oportunos para ser discutidos y dilucidados entre filósofos y estadistas, eran recibidos por el vulgo ciudadano con grandísimo favor, y con no menor ansia de verlos puestos en práctica inmediatamente, expropiando á los ricos en beneficio de los pobres, y lanzando de sus diferentes posiciones sociales á todos los que habían sabido adquirírselas, para ponerse aquellos en su lugar.

Los socialistas parlamentarios dieron mues-

tras de su fogosidad y de sus vastas inteligencias, cuando, acusando al Gobierno de haber abusado de la autoridad que le había sido concedida por la Asamblea, se sirvió de ella para destruir la República romana, contra cuyo acto protestaron, capitaneados por Ledru-Rollin, declarando que « estaban dispuestos á defender la Constitution aunque fuese á mano armada. » Estas palabras dichas en la Asamblea resonaron por fuera, y de este eco resultó una nueva insurrección. Y, sin embargo, se había dicho que el sufragio universal evitara todas las sublevaciones y que no habría ya necesidad de recurrir á las armas, desde el momento en que á cada uno le fuese dado poder manifestar legalmente su propia voluntad y sus deseos. Aun cuando también esta vez la insurrección fué sofocada por medio de la fuerza armada, primero, y después con cárcel y destierros; no por eso dejaba de agitarse bajo tierra, de tal modo, que el presidente proclamaba « como enemigos implacables de la República á todos aquellos que, perpetuando la turbulencia y el desorden, obligaban á transformar la Francia en un campamento, y los pensamientos y proyectos de progreso, en preparativos de defensa. »

Con el objeto de oponer un dique al torrente, los diversos partidos se pusieron de acuerdo sobre un solo pensamiento: el de la necesidad de la conservación del orden, haciendo abstracción de esperanzas y recuerdos. Pero el partido del moderantismo siempre se ha mostrado inepto contra los motines de las calles, sostenidos por los instintos feroces y el furor, y muy corto y desprovisto de expedientes instantáneos; inepto para dictar medidas políticas, é inepto en los escritos en los que, por respetos humanos, desfigura y oculta la verdad; mientras que los hombres de los partidos avanzados halagan las pasiones, ofuscan los entendimientos, destrozan á sus adversarios, tanto en sus apasionadas y embriagadoras declamaciones, como en sus folletos enviados á millares, y repartidos con profusión hasta en los lugares más recónditos; alucinan con los sofismas de los publicistas y de los charlatanes que no buscan la verdad, sino los aplausos, y atizan los rencores políticos, siendo así que el amor y la concordia son más propios para reducir á la armonía el caos.

Los departamentos estaban cansados de verse á merced de todas las locuras de la metrópoli; de la que, en virtud del sistema de la centralización, recibían por el telégrafo los anuncios de los cambios de gobierno hechos por un puñado de gentes sin misión para ello, é impuestos al buen sentir y al amor de paz de la mayor parte de la nación. Menos hambrientos de goces y placeres, y más exentos de ambiciones corte-

sanas, sentían mucho mejor en lo que consistía la verdadera libertad; veían cuanto ayuda á conquistarla el sistema republicano, y se aficionaban á él; pero ¿quién podía asegurarles que al día siguiente no triunfara en París la anarquía, y que desde la capital no se extendiese por toda la Francia?

Bajo la impresión de estos temores y con el fin de poner un remedio, se recurre al empleo de medios y expedientes que se creen propios á objeto. Se corrige la ley del sufragio universal, incierto siempre, ciego, inmoral, peligroso, y que ejercido por medio de escrutinio de lista se hace este voto el instrumento de algunos cuantos intrigantes, con exclusión de los ciudadanos honrados.

Una sola tiranía pareció subrogarse y sustituirse á las demás; pero más perjudicial y mortífera, porque no solamente lastima los intereses, sino que ataca el honor de las personas; más extensa porque desgarrar y asesinar á todo aquel que, por su oscuridad ó ineptitud, no tenga algún émulo ó enemigo; más vergonzosa, porque somete á todo un pueblo á algunos cuantos manipuladores y factores de artículos; á unos cuantos corifeos de pandilla y de conciliábulos, que son fuertes por el descaro y desfachatez que ostentan, y por la falta de pudor y consecuencia de que dan pruebas, renegando hoy la fe que profesaban ayer, en razón de que no tienen ni nunca han tenido otra más que la de sus intereses, y la satisfacción de las pasiones del momento. Mientras tanto, á los periodistas se les pusieron trabas y mordazas cual nunca se habían atrevido á poner durante la monarquía, pero estas medidas vienen á recaer por último sobre las gentes honradas, y no alcanzan á aquellos que nada tienen que perder, ni aun la vergüenza.

En medio de las convulsiones demagógicas, se hacía sentir la necesidad de tener tranquilidad aun haciendo el sacrificio de la libertad; y convencido de esto, el príncipe se arriesgó á jugar el todo por el todo; y en una noche hizo prender á los que militaban en el partido de la oposición, y á las personas más autorizadas é independientes, entre ellas á Thiers, Changarnier, Bedeau, Cavaignac, Lamartine, Charras y treinta y cuatro diputados; envió á Cayena desterrados á quinientos setenta y cinco ciudadanos; y puesto el estado de sitio, se hizo proclamar emperador. Muchísimos encontraron oportuno este modo de obrar, y el vulgo que aplaude siempre los golpes de fuerza, consideraba este como un triunfo suyo propio sobre las gentes ricas é ilustradas. Siete millones y ochocientos cincuenta mil votos consultados por medio del sufragio universal, sancionaron este paso, tantas veces repetido de la anar-

quía al despotismo; puesto que aquel plebiscito quería decir realmente: « Os damos por toda nuestra vida el derecho de disponer de los bienes y de todo lo demás. »

La Constitución del 14 de Enero del 1852 se fundaba sobre el sufragio universal, por cuyo medio sería elegida también la Asamblea, la cual debería votar las contribuciones y las leyes, pero sin discutir las leyes que serían después aprobadas por un Senado mudo. Napoleón aceptaba la responsabilidad personal, y proclamaba el derecho de seguir su propio impulso y tomar la iniciativa, siendo los agentes y ejecutores de su pensamiento los ministros, elegidos á su albedrío, y no como la expresión de una política procedente de la Cámara: él puede ser osado, pero quiere ser libre al mismo tiempo, y no tener ningún freno ni obstáculo que obstruya sus movimientos: quiere ser una garantía contra las violencias y contra la demagogia, mediante un poder sin límites como sin responsabilidad, puesto que no se halla equilibrado ni contrabalanceado por los grandes cuerpos del Estado que no sirven más que para encubrir su omnipotencia. De esta manera fué como pudo durar su poder mucho más largo tiempo que ningún otro de cuantos habían existido y dominado desde la gran revolución. « Los buenos cobran ánimo y se tranquilizan, dijo, y los malvados tiemblan. Yo quiero hacer tanto bien al pueblo que le obligue á ser agradecido. El imperio es la Paz. » Semejantes promesas debían regocijar á la Europa trabajada por las revoluciones, así como á la Francia que estaba más sedienta de orden que de libertad, y que apasionada siempre por la autoridad de hecho, besa la mano de aquel á quien ella misma dió la fuerza para ponerle el freno, y se le muestra sumisa hasta el día en que se la corta.

Revolucionarios y conservadores todos se inclinaron ante él, y se hicieron sus cortesanos y sus agradecidos servidores. Con los intereses y con la vanidad sedujo á aquellos que no podía amansar con la fuerza. Gobernar y dominar la democracia sirviéndose para ello de sus propios vicios; sofocar la inteligencia y corromperla por medio del sensualismo; gobernar la libertad bajo el velo de la igualdad; atender á las necesidades de las clases bajas por medio de la instrucción y dispensación de subsidios, con la creación de instituciones para los inválidos del trabajo; era lo que formaba el prestigio de su dictadura dedicada á concentrar todas las fuerzas vitales de la nación en una sola mano. Y lo mismo que Luis XIV y Napoleón I, Napoleón III protegía á las gentes de la clase media que son siempre partidarias del cesarismo; sin embargo, presentaba la venida de un cuarto estado, y de aquí

procedía el acariciar á la infima clase, sobre todo á los obreros; pero al mismo tiempo que los auxiliaba, no tenía escrúpulo en corromperlos.

Alma benévola, entendimiento cultivado, pero falso, incrédulo de la verdad hasta el escepticismo, pero fácil en la creencia de errores é ilusiones, Napoleón III ignoraba cosas que todo el mundo sabe. Poseía el arte de la palabra, y sabía servirse de frases que pareciendo precisas, mientras que no eran sino vagas, no hacen desvanecer ninguna esperanza, y las empleaba especialmente en aquellas proclamas destinadas á impresionar la imaginación de los soldados y de los periodistas. Afable, y hasta modesto, pero teatral, firmó el tratado de París con una pluma de águila: escribía lleno de entusiasmo la proclama de Magenta; se embriagaba con los aplausos que recibía al presentarse en público, ó en el teatro; hacía coronar con laureles su efigie en las monedas. Quiso tener también la gloria de autor, escribiendo la *Vida de César*, para cuyo buen éxito no escaseó ningún medio y puso tanto esmero en ello, como nosotros, pobres escritores podemos ponerlo. Recibía con esta fría amabilidad que lisonjea, pero que al mismo tiempo retrae; no rechazaba nunca ninguna petición, ni repudiaba proposición alguna; pero hacía siempre aquello que mejor le parecía; mientras que prodigaba y alucinaba con promesas á los que se veían amenazados, daba al mismo tiempo no menores seguridades á los que amenazaban: era bueno con todos los que le rodeaban, y en general, con todos los que padecían. Después de la batalla de Solferino yo mismo le he visto aterrizado y profundamente conmovido al considerar la sangre que le costó esta victoria suya, siendo uno de los motivos, y quizás no el menor, que le decidió á proponer que se hiciera la paz, el contemplar aquel grandísimo número de muertos y de heridos: y sin embargo, no vacilaba en arrojar la tea del incendio en toda Europa.

El César es esencialmente personal y se aviene muy mal con personas independientes, como lo son generalmente los hombres superiores; por eso prefiere y se rodea más bien de intrigantes ó de gentes malignas; de gentes que le son adictas incondicionalmente, y no deja hablar más que á aquellos que aprueban y consienten. Él estimaba á los hombres honrados, pero los tenía siempre alejados á cierta distancia. Sabía sacar provecho de los de diversas condiciones, y conocía el precio y la tarifa de cada uno de ellos. A pesar de cierto abandono y de la expansión que aparentaba en sus conversaciones íntimas ó familiares, se decía que, cuando hablaba mentía, y cuando estaba callado conspiraba; y realmente siempre estuvo conspirando, lo mismo después de su elevación que después de su caída. Aparentaba querer ir á la derecha, cuando su inten-

ción era marchar hacia la izquierda; hacia ver que le habían sido arrancadas las resoluciones que él había adoptado ya en su mente, y las concesiones que tenía predispuestas. No guardando consecuencia en su modo de obrar, sino haciéndolo por medio de rasgos instantáneos, de golpes teatrales, irreflexivos, tomaba las resoluciones más inesperadísimas, salvo el cambiar despues enteramente de idea para marchar por vías intermedias, segun y conforme debian demostrarlo sus contradicciones. Audaz y flemático al mismo tiempo, resuelto á adoptar ciertas cosas aun cuando fuesen puramente simples utopías; vacilante en los medios, sabia refrenarse y esperar largo tiempo, pero estando siempre alerta; cuando descubria el precipicio, retrocedia, saltaba por encima de dificultades gravísimas; y cuando estaba seguro de salir bien de la empresa entonces fiándose en la fortuna que tan bien le servia, se dejaba conducir por los hechos, más bien que sabia conducirlos él mismo. Lisonjeaba siempre con las promesas de ampliar la Constitución, y cuando por último se decidió á hacerle, dijo: « Yo os aseguro el orden; ayudadme vosotros á mantener la libertad. »

Cuando se lleva el nombre de Napoleon, hay cierta necesidad de imitarle; así, todo su liberalismo se encerraba en el desarrollo de las instituciones en el interior, y en hacer sentir su influencia en el exterior. Quiso volver á emprender el llevar á cabo la obra de su tío, pero sin excesos ni violencias, y acompañada de todos los progresos hechos por la civilización, y los prestigios del arte; con el sufragio universal, con los tratados de comercio, con el libre cambio, y con la nacionalidad. « Al estado enfermizo en que se encuentra la Europa, decia, le es necesario un Congreso en donde desaparezcan los amores propios, la oposición y las resistencias ante el juicio de árbitros supremos; es necesario que, á los deberes sin regla, á los derechos sin títulos, á las pretensiones sin freno dimanadas de la sucesiva infracción del paco fundamental del edificio político de Europa, que se desmorona por todas partes, sea sustituido un orden de cosas fundado sobre los intereses bien entendidos de los soberanos y de los pueblos. » Pero tambien decia que él representaba un principio, la revolucion; un hecho, el imperio; y que tenia un Waterloo que reparar.

La Europa se mantenía muy sobre aviso al ver depender su suerte de los designios ó caprichos de este hombre incomprensible, de esta esfinge que desconcertaba á los más avisados y astutos, y sabia eludir y frustrar á los más hábiles políticos.

IV

LA GUERRA DE CRIMEA.

Cuando se reprocha á los diplomáticos el sostener con tanto empeño la conservación de la Turquía, contestan que lo hacen no por afecto ni simpatía por ella, sino por temor de la Rusia, cuya potencia, por tradicion inmemorial, aspira á la posesion de Constantinopla; y que una vez dueña la Rusia del Bósforo, eso significaría el hallarse la Europa á los piés del Czar.

Mientras que las otras potencias estaban ocupadas en curar las heridas hechas por la revolucion, y arreglar el sistema interior de su gobierno, la Rusia, incólum de los trastornos de aquella, despues de haber ayudado al Austria á someter la Hungría, por el temor de que las poblaciones turcas y polacas no acudiesen á echar leña en el fuego y aumentasen el incendio, se quedó hecha la principal tutora y defensora de las monarquías legítimas, y se acrecentó su fuerza. Á cada sacudimiento que se sentia en Europa, á cada sublevacion de las razas que ocurría en Austria y en Turquía, ella salía siempre gananciosa en territorio é influencia. Mientras que hace un siglo su ambicion se limitaba entonces al Mar Blanco, ahora amenaza á la Alemania, y aspira al Mediterráneo.

Durante las revoluciones, habia ocupado con setenta y cinco mil hombres los principados del Bajo Danubio, sin que la diplomacia estuviese dispuesta á impedir la invasion de unos países de tan grande importancia. De este modo preponderaba en Levante con el protectorado de aquellos principados, con la posesion de las Bocas del Danubio, con el dominio exclusivo del Mar Negro, y con su ingerencia entre las poblaciones cristianas de la Turquía.

Jerusalen es un lugar santo para los Musulmanes mismos, no ménos que para los Cristianos; y á él acuden en peregrinacion todas las sectas, teniendo allí su iglesia cada una de ellas. Los Griegos cismáticos eran mucho más numerosos que los Católicos romanos, los cuales, mientras que en el año de 740 poseian diez y nueve capillas, en el de 1850 se ballaban reducidos á nueve solamente. Así, los Griegos invadieron los santuarios más venerados, destruyeron los sepulcros de Godofredo y Balduino y de los otros Cruzados, considerándolos como invasores extranjeros. Los Católicos recurrieron á la Francia, la cual dirigió sus quejas á la Puerta; esta las escuchó, y propuso que se hiciese un convenio; pero la Rusia se opuso á ello y envió á Constantinopla al príncipe Menschikoff, el cual reclamó

los derechos del rito griego, se quejó de que estos derechos fuesen perjudicados, y pasó una nota amenazadora y descortés sostenida por los armamentos hechos en la Besarabia, declarando que el protectorado de los Cristianos ortodoxos en todo el Oriente pertenecía á la Rusia.

La Puerta, siempre débil y vacilante, se conformó y cedió á esta exigencia, y expidió un firman; y como viven en el imperio turco unos diez á doce millones de Griegos, resultaba que este firman era dar un verdadero patronato al Czar; era constituir otro Estado en el Estado. Los Griegos que, en lugar de encerrarse y organizarse en los límites convenidos en los tratados, señalados al reino helénico, están esperando siempre la ocasion y el momento oportuno de ocupar sus límites naturales, han visto constantemente un amigo suyo en el enemigo de la Turquía; é inmediatamente empezó á sentirse en las provincias griegas sujetas todavía á los Otomanos ese bullebulle causado por los intrigantes, por los hombres de sentimientos generosos, por los engañadores, por los engañados, por las víctimas y por los sacrificadores; cuya agitacion provoca y predispone á las revoluciones. La estrella polar de todas estas gentes era la Rusia, y su Mesías Menschikoff, el cual fué festejado en Constantinopla, encomiado en los periódicos, exaltado en la Tesalia y en la Macedonia, bien persuadidos todos de que con aquel firman, la Rusia se hacia de hecho su verdadera cabeza, su verdadero jefe, que en ella verian transferidos sus derechos y privilegios y que, en lo sucesivo, el imperio turco no sería ya más que un feudo de la Rusia.

Las Potencias, en vista de esto, se alarmaron é indujeron á la Turquía á que se desdijese, lo cual dió lugar á cruzarse un activo va-y-viene de notas diplomáticas tan complicadas como en el año de 1821. Cubriéndose con la máscara de la hipocresía, que es una nueva baja de la diplomacia actual, unida á las de la diplomacia antigua, todos protestaban que querian la paz, pero, por último, vino á estallar una guerra de las más extrañas que la historia recuerda. Bajo pretextos, que nunca faltan en casos semejantes, el ejército ruso pasó el Pruth, ocupó las provincias del Danubio, y su flota bombardeó la flota turca en las aguas de Sinope.

Ansioso siempre Napoleon de rasgar los tratados de 1815, intimó á la Rusia que se retirase, y habiéndose esta negado á ello, hizo una alianza con la Inglaterra y con la Puerta, excitando al mismo tiempo á las demas Potencias para que tomasen parte en una guerra justa y moral. Las escuadras francesa é inglesa entraron en el Mar Negro y bombardearon á Odesa, emporio del comercio ruso.

El Austria, siquiera por gratitud, hubiera de-

bido aliarse con la Rusia; pero esto la expondría á verse atacada en sus provincias occidentales, y á tener insurrecciones en Italia y Hungría; por lo que, ateniéndose á sus tradiciones de Potencia conservadora, se limitó á ponerse de acuerdo con la Prusia con el fin de salvar los derechos religiosos y civiles de los súbditos cristianos de la Turquía; y ocupando la Moldo-Valaquia, alejó la guerra de la Hungría, y con esto el peligro de nuevas insurrecciones; y al paso que aseguraba á la Rusia contra un ataque por aquella parte, y al mismo tiempo evitaba una insurreccion en la Polonia; salvaba á la Europa de una guerra interior; de modo que los aliados se vieron obligados á tener que cambiar de planes.

Como nadie sabe lo que puede resultar de las guerras largas, los pueblos, pero particularmente los Griegos y los Piamonteses, volvieron á concebir nuevas esperanzas. Veian rota la alianza del Norte que era el eterno espantajo de las revoluciones: Francia é Inglaterra caminaban unidas temporalmente, pero se contaba con que no tardaria en renovarse la enemistad antigua y natural, y, hecha general la conflagracion, volvería á ponerse de nuevo en problema la suerte del mundo, y entonces sonaria la hora de los pueblos que en vano se habia querido adelantar con las conjuraciones y las insurrecciones.

Napoleón hizo « declarar lealmente, en el *Moniteur*, á los que creian y pensaban aprovecharse de las contingencias actuales para perturbar el orden, bien fuese en Grecia, ó bien en Italia, que perjudicarian los intereses de la Francia, la cual, así como defendia la integridad del imperio otomano en Constantinopla, así tampoco permitiría las agresiones de la Grecia, ni el que se tratase en los Alpes de desunir las banderas de la Francia y del Austria, unidas, como esperaba que lo estarían, en Oriente. »

Esta declaracion leal bastó para contener de hecho á los Griegos, pero el Austria se mantuvo firme en su neutralidad, y de este modo salvó á la Europa de una guerra general, pero se perdió y arruinó á sí misma, disgustando á su antiguo aliado que la acusaba de ingratitud, y á sus propios enemigos, que juraron castigarla.

Habiendo intentado, inútilmente, los aliados occidentales el operar en el Báltico, se dirigieron al Oriente, y el 24 de setiembre desembarcaron en Crimea 23,000 Franceses, 25,000 Ingleses, 8,000 Turcos y 15,000 Piamonteses. Poderosísimos esfuerzos tuvieron que hacer estas tropas, y horribles padecimientos que sufrir durante una campaña que duró mucho más de lo que se temía, habiendo sido preciso el enviar nuevos soldados para cubrir las bajas causadas por el cañon, por las tempestades, por las lluvias, y por el cólera. Mucho de los jefes de estos ejér-